SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 23 DE MARZO DE 2003
Turismo 12

PAZ EN LA LUNA

En San Juan, un recorrido por el Valle de la Luna, el extraño y silencioso paisaje de un mundo perdido donde hace millones de años reinaban los dinosaurios



Rafael Yohai

Un Submarino en la Luna

TEXTO: GRACIELA CUTULI
FOTOS: RAFAEL YOHAI

El Valle de la Luna es uno de los parques naturales más singulares de la Argentina. Su paisaje es árido y mineral, con rocas que encierran los fósiles de aquellos animales que fueron el eslabón entre los dinosaurios y los mamíferos. La erosión esculpió formas que parecen hechas por la mano del hombre.

Muy oficialmente, el Valle de la Luna se llama Parque Natural Provincial y Reserva Nacional Ischigualasto. Pero es conocido y presentado por todos como Valle de la Luna, el nombre que se le dio hace muchos años, cuando este sorprendente valle situado en el norte de la provincia de San Juan, muy cerca de La Rioja, empezó a darse a conocer por primera vez con fines turísticos.

Se trata de una comarca entera que ofrece un paisaje mineral, marcado por decenas de miles de años de erosión. En este entorno, la naturaleza se volvió artista y esculpió obras de una frágil y austera belleza. Se trata de un lugar singular, donde el visitante se vuelve intérprete y busca asociaciones de ideas y de formas, dando nombre a cada una de estas esculturas de piedra, agua y viento. El Valle de la Luna es, sin duda, el nombre que mejor le conviene a este árido rincón de la Precordillera, no sólo por su paisaje lunar y desolado sino también por el legado poético que dejan en todos quienes han visto estas gigantescas obras de piedra y de tiempo.

DESDE SAN JUAN O DESDE LA RIOJA El camino más directo para llegar al Parque pasa por San Agustín del Valle Fértil, en el este de la provincia de San Juan. Tiene, sin embargo, un largo tramo de ripio entre los pueblitos de Usno y Los Baldecitos, por lo que muchos turistas prefieren visitarlo desde La Rioja, y no desde San Juan mismo. Desde Patquía se llega a Ischigualasto por la RN 150, siempre asfaltada.

A pesar de su tipografía importante en los mapas, San Agustín es apenas un pueblito de casas bajas dominadas por una iglesia levantada en un lugar donde había asentamientos indígenas huarpes. Su más valioso tesoro es su Biblioteca Municipal, que fue fundada por Sarmiento. Es un lugar adecuado para pernoctar, ya que tiene buenas infraestructuras, con varios precios y niveles de servicios. El Parque Natural está a unos 80 kilómetros de allí.

La ciudad de Villa Unión, en La Rioja, es otra opción interesante. Además permite combinar las visitas del Parque Nacional Talampaya (en La Rioja) y el Valle de la Luna, ya que se pasa por el primero para acceder al segundo desde esta ciudad. Sin embargo, esta visita combinada prácticamente sólo es factible para quien tenga su propio medio de transporte, sea una moto o un auto, ya que desgraciadamente son muy pocos los operadores de San Juan y de La Rioja que lograron organizar visitas conjuntas a los dos parques (uno de los tantos ajustes que se deben hacer todavía a nivel turístico). Villa Unión es un pequeño centro regional, con buenas infraestructuras, y es también un centro de vitivinicultura. La proximidad de San Juan capital y La Rioja capital también convierten a estas ciudades en puntos de base para quienes prefieren las comodidades, y no quieren dedicar más de un día de excursión al parque.

De todos modos, de una manera u otra, ya sea para una excursión o una visita más exhaustiva, hay que llegar hasta Los Baldecitos, donde se unen las rutas que vienen de San Agustín y de La Rioja: el Valle de la Luna está a pocos minutos de allí. El parque fue creado en 1971 para proteger unas 62 mil hectáreas que en el año 2000 fueron inscriptas en la lista de los Patrimonios Naturales de la Humanidad.

UN PARQUE PROTEGIDO El Valle de la Luna se visita en auto; para ello fue bien delimitada una red de caminos que totaliza unos 42 kilómetros. No es posible apartarse de ese itinerario preestablecido ni tampoco pararse fuera de las cinco estaciones fijadas para proteger el resto del ecosistema. Afortunadamente, la inclusión del Parque en la lista de Patrimonios de la Humanidad por parte de la Unesco hizo reforzar las medidas de protección del medio natural y el respeto de estas normas de visita.

En realidad se puede visitar solamente una pequeña parte del Parque, eligiendo entre dos itinerarios: uno breve (de unos 30 kilómetros y dos horas de duración) y otro más largo y completo (45 kilómetros en tres horas). La presencia de los guías es una valiosa ayuda no sólo para la interpretación del paisaje sino para seguir y respetar las normas de circulación y de visita. El recorrido empieza en el Centro de Interpretación, en la entrada del parque, al pie del Cerro El Morado, de 1400 metros de altitud. Es posible participar de una caminata hacia la cumbre, para tener una vista panorámica sobre todo el parque, pero también –con un poco de suerte– avistar cóndores.


El Valle de la Luna se visita en auto. El recorrido se hace por un itinerario preestablecido.

El Parque está comprendido en un valle de 50 kilómetros de longitud por 15 de ancho en promedio. Su formación se remonta al período triásico, hace unos 220 millones de años. El Valle de la Luna fue clasificado en cuatro formaciones geológicas, cada una con características propias, de las cuales solamente tres se pueden observar en la zona habilitada para el turismo (la llamada Formación Ischichuca no está presente en esta zona).

LOS RASTROS Esta formación se caracteriza por un paisaje de monte, con relieves no muy marcados. Sus rocas son amarillentas, verdosas, pardas y grisáceas, y forman paletas de colores muy fotogénicas en las luces de la mañana y la tarde. Entre los monumentos naturales más destacables del Parque, el Submarino (la famosa formación rocosa con dos "chimeneas" de piedra, el emblema del parque) y el Gusano pertenecen a esta formación. En estas rocas se encontraron fósiles de helechos y anfibios, huellas que permitieron comprobar que, en otras épocas, estas zonas del Parque fueron pantanos tropicales, donde la humedad, una vegetación exuberante y la rica fauna de insectos y reptiles contrastan con la aridez actual. Los Rastros es el hábitat predilecto del puma y de las vizcachas.

ISCHIGUALASTO Se encuentra en el centro de la zona visitable del Parque, de relieves algo más marca-

Un Submarino en la Luna

TEXTO: GRACIELA CUTULI
FOTOS: RAFAEL YOHAI

El Valle de la Luna es uno de los parques naturales más singulares de la Argentina. Su paisaje es árido y mineral, con rocas que encierran los fósiles de aquellos animales que fueron el eslabón entre los dinosaurios y los mamíferos. La erosión esculpió formas que parecen hechas por la mano del hombre.

Muy oficialmente, el Valle de la Luna se llama Parque Natural Provincial y Reserva Nacional Ischigualasto. Pero es conocido y presentado por todos como Valle de la Luna, el nombre que se le dio hace muchos años, cuando este sorprendente valle situado en el norte de la provincia de San Juan, muy cerca de La Rioja, empezó a darse a conocer por primera vez con fines turísticos.

Se trata de una comarca entera que ofrece un paisaje mineral, marcado por decenas de miles de años de erosión. En este entorno, la naturaleza se volvió artista y esculpió obras de una frágil y austera belleza. Se trata de un lugar singular, donde el visitante se vuelve intérprete y busca asociaciones de ideas y de formas, dando nombre a cada una de estas esculturas de piedra, agua y viento. El Valle de la Luna es, sin duda, el nombre que mejor le conviene a este árido rincón de la Precordillera, no sólo por su paisaje lunar y desolado sino también por el legado poético que dejan en todos quienes han visto estas gigantescas obras de piedra y de tiempo.

DESDE SAN JUAN O DESDE LA RIOJA El camino más directo para llegar al Parque pasa por San Agustín del Valle Fértil, en el este de la provincia de San Juan. Tiene, sin embargo, un largo tramo de ripio entre los pueblitos de Usno y Los Baldecitos, por lo que muchos turistas prefieren visitarlo desde La Rioja, y no desde San Juan mismo. Desde Patquía se llega a Ischigualasto por la RN 150, siempre asfaltada.

A pesar de su tipografía importante en los mapas, San Agustín es apenas un pueblito de casas bajas dominadas por una iglesia levantada en un lugar donde había asentamientos indígenas huarpes. Su más valioso tesoro es su Biblioteca Municipal, que fue fundada por Sarmiento. Es un lugar adecuado para pernoctar, ya que tiene buenas infraestructuras, con varios precios y niveles de servicios. El Parque Natural está a unos 80 kilómetros de allí.

La ciudad de Villa Unión, en La Rioja, es otra opción interesante. Además permite combinar las visitas del Parque Nacional Talampaya (en La Rioja) y el Valle de la Luna, ya que se pasa por el primero para acceder al segundo desde esta ciudad. Sin embargo, esta visita combinada prácticamente sólo es factible para quien tenga su propio medio de transporte, sea una moto o un auto, ya que desgraciadamente son muy pocos los operadores de San Juan y de La Rioja que lograron organizar visitas conjuntas a los dos parques (uno de los tantos ajustes que se deben hacer todavía a nivel turístico). Villa Unión es un pequeño centro regional, con buenas infraestructuras, y es también un centro de vitivinicultura. La proximidad de San Juan capital y La Rioja capital también convierten a estas ciudades en puntos de base para quienes prefieren las comodidades, y no quieren dedicar más de un día de excursión al parque.

De todos modos, de una manera u otra, ya sea para una excursión o una visita más exhaustiva, hay que llegar hasta Los Baldecitos, donde se unen las rutas que vienen de San Agustín y de La Rioja: el Valle de la Luna está a pocos minutos de allí. El parque fue creado en 1971 para proteger unas 62 mil hectáreas que en el año 2000 fueron inscriptas en la lista de los Patrimonios Naturales de la Humanidad.

UN PARQUE PROTEGIDO El Valle de la Luna se visita en auto; para ello fue bien delimitada una red de caminos que totaliza unos 42 kilómetros. No es posible apartarse de ese itinerario preestablecido ni tampoco pararse fuera de las cinco estaciones fijadas para proteger el resto del ecosistema. Afortunadamente, la inclusión del Parque en la lista de Patrimonios de la Humanidad por parte de la Unesco hizo reforzar las medidas de protección del medio natural y el respeto de estas normas de visita.

En realidad se puede visitar solamente una pequeña parte del Parque, eligiendo entre dos itinerarios: uno breve (de unos 30 kilómetros y dos horas de duración) y otro más largo y completo (45 kilómetros en tres horas). La presencia de los guías es una valiosa ayuda no sólo para la interpretación del paisaje sino para seguir y respetar las normas de circulación y de visita. El recorrido empieza en el Centro de Interpretación, en la entrada del parque, al pie del Cerro El Morado, de 1400 metros de altitud. Es posible participar de una caminata hacia la cumbre, para tener una vista panorámica sobre todo el parque, pero también –con un poco de suerte– avistar cóndores.

El Valle de la Luna se visita en auto. El recorrido se hace por un itinerario preestablecido.

El Parque está comprendido en un valle de 50 kilómetros de longitud por 15 de ancho en promedio. Su formación se remonta al período triásico, hace unos 220 millones de años. El Valle de la Luna fue clasificado en cuatro formaciones geológicas, cada una con características propias, de las cuales solamente tres se pueden observar en la zona habilitada para el turismo (la llamada Formación Ischichuca no está presente en esta zona).

LOS RASTROS Esta formación se caracteriza por un paisaje de monte, con relieves no muy marcados. Sus rocas son amarillentas, verdosas, pardas y grisáceas, y forman paletas de colores muy fotogénicas en las luces de la mañana y la tarde. Entre los monumentos naturales más destacables del Parque, el Submarino (la famosa formación rocosa con dos "chimeneas" de piedra, el emblema del parque) y el Gusano pertenecen a esta formación. En estas rocas se encontraron fósiles de helechos y anfibios, huellas que permitieron comprobar que, en otras épocas, estas zonas del Parque fueron pantanos tropicales, donde la humedad, una vegetación exuberante y la rica fauna de insectos y reptiles contrastan con la aridez actual. Los Rastros es el hábitat predilecto del puma y de las vizcachas.

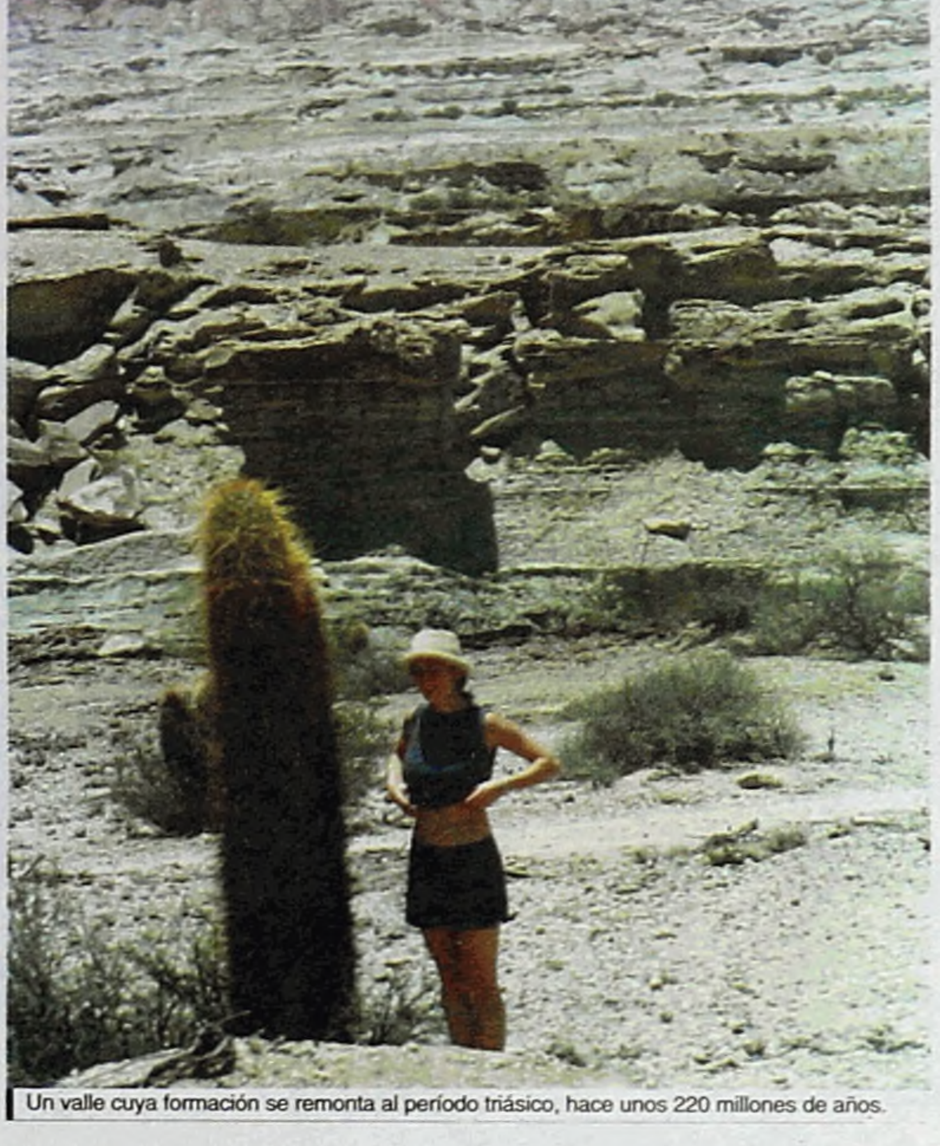
ISCHIGUALASTO Se encuentra en el centro de la zona visitable del Parque, de relieves algo más marcados, y rocas beige y violáceas, como el Valle Pintado y la Cancha de Bochas. El principal monumento natural de esta formación es El Hongo. Es también el sector más importante en cuanto a fósiles de todo el Parque. Los troncos petrificados atestiguan sobre la antigua existencia una importante selva, en esta región que fue tropical y muy húmeda, como la Formación Los Rastros. Se encontraron fósiles de dinosaurios herbívoros y carnívoros, y restos de mamiferoides, una familia de animales que fueron una suerte de eslabón entre dinosaurios y mamíferos, llamados por los científicos rincosaurio y cinodonte. En la entrada del Parque, una escultura de rincosaurio da la bienvenida a los autos y sus pasajeros.

LOS COLORADOS Es la formación más "joven" (contando en tiempos geológicos, por supuesto, ya que tiene a pesar de todo unos 180 millones de años bien contados...). Sus relieves son entonces los más marcados, en general barrancas de hasta 200 metros de altura. La presencia de hierro en sus rocas le dio el tono rojizo que le valió el nombre. Es de formación muy similar geológicamente al vecino sitio de Talampaya. Las Barrancas Coloradas, que figuran en los circuitos, son la mejor concreción de esta formación.

El centro interpretativo y los guías son preciosas fuentes de información para poder descifrar los mensajes de las rocas y de estas distintas formaciones lunares en plena tierra. Una pequeña guía de geología y mineralogía no está de más para quienes quieran profundizar en el paisaje de la región. Por otra parte, hay que recordar que en algunos rincones del Parque es posible encontrar vestigios de una historia más reciente, ya que los primeros hombres que vivieron en este valle dejaron puntas de flechas y un par de petroglifos que hoy están a la vista de los visitantes.



Los guías son preciosas fuentes de información para poder descifrar los mensajes de las rocas.



Un valle cuya formación se remonta al período triásico, hace unos 220 millones de años.

DATOS UTILES

* El Parque abre todos los días del año. Los caminos de tránsito se pueden usar entre las 8 y las 17 en verano, y entre las 9 y las 16 en invierno. La presencia de un guía es obligatoria en el vehículo. El valor de la entrada incluye el pago del guía.
* Más información: Ente Provincial de Turismo de San Juan, al 0264-4210004. En San Agustín del Valle Fértil: 02646-420192. En Villa Unión: 03825-497055.





Los guías son preciosas fuentes de información para poder descifrar los mensajes de las rocas.



Un valle cuya formación se remonta al período triásico, hace unos 220 millones de años.

os, y rocas beige y violáceas, como l Valle Pintado y la Cancha de Bo- has. El principal monumento na- ural de esta formación es El Hon- o. Es también el sector más im- ortante en cuanto a fósiles de todo l Parque. Los troncos petrificados testiguan sobre la antigua existen- ia una importante selva, en esta re- ión que fue tropical y muy húme- a, como la Formación Los Ras- ros. Se encontraron fósiles de di- osaurios herbívoros y carnívoros, y restos de mamiferoides, una familia de animales que fueron una suerte de eslabón entre dinosaurios y mamíferos, llamados por los científicos rincosaurio y cinodonte. En la entrada del Parque, una escultura de rincosaurio da la bienvenida a los autos y sus pasajeros.

LOS COLORADOS Es la formación más "joven" (contando en tiempos geológicos, por supuesto, ya que tiene a pesar de todo unos 180 millones de años bien contados...). Sus relieves son entonces los más marcados, en general barrancas de hasta 200 metros de altura. La presencia de hierro en sus rocas le dio el tono rojizo que le valió el nombre. Es de formación muy similar geológicamente al vecino sitio de Talampaya. Las Barrancas Coloradas, que figuran en los circuitos, son la mejor concreción de esta formación.

El centro interpretativo y los guías son preciosas fuentes de información para poder descifrar los mensajes de las rocas y de estas distintas formaciones lunares en plena tierra. Una pequeña guía de geología y mineralogía no está de más para quienes quieran profundizar en el paisaje de la región. Por otra parte, hay que recordar que en algunos rincones del Parque es posible encontrar vestigios de una historia más reciente, ya que los primeros hombres que vivieron en este valle dejaron puntas de flechas y un par de petroglifos que hoy están a la vista de los visitantes.

DATOS UTILES

* El Parque abre todos los días del año. Los caminos de tránsito se pueden usar entre las 8 y las 17 en verano, y entre las 9 y las 16 en invierno. La presencia de un guía es obligatoria en el vehículo. El valor de la entrada incluye el pago del guía.
* Más información: Ente Provincial de Turismo de San Juan, al 0264-4210004. En San Agustín del Valle Fértil: 02646-420192. En Villa Unión: 03825-497055.







VIETNAM *Arte acuático y manjares exóticos*

Títeres y serpientes

Vietnam es un país que viene creciendo a pasos agigantados como destino turístico a nivel mundial. Entre las "pinceladas" de exotismo que sorprenden a los viajeros, una visita a la aldea de Le Mat, en las afueras de Hanoi, donde sus pobladores se dedican desde hace siglos a la cría de cobras para preparar manjares y licores. Y en la capital vietnamita, una función del refinado arte de los títeres acuáticos, próximo a ser declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco.

POR JULIAN VARSAVSKY

En los alrededores de Hanoi –capital de Vietnam–, la luz del sol se funde con el verde intenso de los arrozales que se extienden hasta el infinito a los costados de la carretera. Me he alejado apenas 5 kilómetros en bicicleta desde el centro de la ciudad, y a mi lado desfilan las imágenes vistas en tantas películas sobre Vietnam, con los infatigables campesinos con el agua hasta las rodillas, el cuerpo inclinado y sus enjutos rostros ocultos bajo el sombrero cónico, casi un símbolo del pueblo vietnamita.

Cruzando el puente sobre el río Song Hong se llega a la aldea de Le Mat, donde la mayoría de sus habitantes se dedica a la cría de cobras como medio de subsistencia. En el camino, naturalmente, me pierdo, pero un papel que llevo en el bolsillo con el nombre de la aldea en letras grandes me sirve de salvoconducto: todo vietnamita que consulto por la calle –papel en mano– me sonríe y señala el camino con la mano, acompañando el gesto con explicaciones en vietnamita. Con total cortesía, simulo entender, agradezco en mi idioma, y sigo viaje.

La entrada a la aldea se reconoce por un gran portal de tres arcos y numerosos techitos chinos al estilo de las pagodas. Las calles son tan angostas que no pueden circular los autos. En casi todas las casas se crían cobras enjauladas en los patios del fondo. Cada vez que algún curioso se acerca cámara en mano, los pobladores lo invitan generosamente a pasar a su casa. Así fue como uno de ellos entabló conmigo un diálogo de sordos, en vietnamita y, comprendiendo, acepté el convite. Al rato estaba sentado en el sofá de una luminosa sala, tomando tranquilamente una taza de té con el dueño de casa, cuando apareció su hijo con una cobra oscura de dos metros y la soltó en el piso, muy cerca de mis pies. La cobra se irguió ensanchando su cuello dorado, lista para lanzar una arremetida, pero al ver mi cara de espanto, padre e hijo se avergonzaron de su "broma" y la metieron rápidamente en una caja.

COBRA AL PLATO Según se dice, la aldea de Le Mat tiene una tradición de nueve siglos en la cría de cobras, originada en la creencia de que su carne y su sangre estimulan la virilidad de los ancianos hombres, algo que nadie pone en duda en Vietnam. Las cobras se atrapan vivas en los campos circundantes, bajo un alto riesgo de picaduras, y se mantienen en cautiverio hasta el momento de comerlas.

El restaurante más famoso de Le Mat se llama Quoc Trieu, igual que su dueño, quien recibe personalmente a los comensales. Al ingresar vimos cómo dos hombres agarraban una cobra y con un filoso cuchillo le cortaron el corazón, que cayó en un plato todavía latiendo. La sangre la vertieron dentro de un vaso para mezclarla con diversas medidas de vino de cobra. Finalmente, con el producto final llenaron un botellón que contenía cinco grandes cobras enroscadas.

El señor Trieu nos indicó a varias personas que observábamos el espectáculo que era momento de sentarnos a comer. Como aperitivo nos sirvieron aguardiente de cobra real y chicharrones también de cobra. El menú del restaurante incluye alrededor de 30 platos en base a cobra, incluyendo filetes fritos o ahumados, *spring rolls* (lumpias), sopa, carne picada con ajo y cebolla, y la carne envuelta con vegetales. Para aquellos que, por regla general, no le hacen asco a nada, el menú incluye carne de puercoespín y de lagarto. Con respecto al sabor de la cobra, la carne resulta algo picante y es consistente como la del calamar. Al final del almuerzo, el señor Trieu apareció trayendo con solemnidad un vaso que contenía vino y en el fondo el corazón de la cobra. Era para el hombre más anciano de la velada, quien bebió el contenido con hidalguía y total seriedad.

TITERES EN EL AGUA ¿Qué sentido tiene ver títeres en lengua vietnamita? A simple vista, los títeres acuáticos de Vietnam parecen una rareza atractiva sólo para los titiriteros fanáticos, pero todo aquel que asiste a una presentación se convence de que el espectáculo es de un refinamiento artístico notable que disfrutan los chicos y aún más los grandes.



Las raíces del arte del Mua Roi Nuoc –como se denomina en lengua local a este género– hay que rastrearlas en el siglo X, en el Delta del Río Rojo. En aquella época, los campesinos celebraban unos festivales donde la diversión se mezclaba con los ritos paganos que pedían por las lluvias. Las presentaciones de los títeres se realizaban en el estanque comunal, que se convertía en el centro del espacio público de la aldea. Ya se utilizaban entonces algunas escenografías rudimentarias para los eventos especiales, pero en realidad el lugar natural donde se gestaba todo a lo largo del año eran directamente los campos de arroz inundados. Allí, al final de la jornada, los campesinos se entretenían improvisando obras de títeres dentro del agua de los cultivos de arroz. De esta forma surgió un arte que se fue desarrollando hasta llegar a las cortes imperiales, alcanzando su punto culminante en la Dinastía Le (siglos XI al XIII), cuando se construyeron verdaderos teatros destinados al arte de los títeres acuáticos.

En la actualidad, el género es muy popular en numerosas provincias, y en el país existen más de 10 *troupes* profesionales, algunas de las cuales han recorrido el mundo con su arte. Y como forma de promoverlo y resguardarlo de una posible desaparición, la Unesco está próxima a declararlo Patrimonio Cultural de la Humanidad.

UNA FUNCION EN HANOI En la ciudad de Hanoi existen dos teatros que presentan shows casi todos los días del año. La función comienza a oscuras, con un *in crescendo* de tambores, gongs y timbales. Cuando cesa la música, se produce una explosión de fuegos artificiales y luces que permite descubrir una compleja escenografía con una pagoda de tejas color carmesí y varias hileras de banderines rojos que brotan "mágicamente" de las aguas. Entonces aparecen dos peces recorriendo el estanque a los saltos como los delfines, con una movilidad inexplicable para un títere. Luego entran en escena los pescadores y los campesinos, quienes son los protagonistas de todas las historias, basadas exclusivamente en la cotidianidad y la sencillez de la vida rural. La mitología, que también es parte del mundo de los campesinos, irrumpe en la escena con violentos dragones de larga cola que combaten arrojándose fuegos artificiales por las fauces. Todo el tiempo la gradilocuencia y el efectismo quedan de lado para dar lugar al simbolismo y a la poesía de las imágenes. Las historias muestran a los campesinos cultivar el arroz, que crece a toda velocidad al igual que los árboles. A un costado, una pareja de cisnes blancos se persigue mutuamente en un juego de seducción de alto refinamiento al ritmo de la flauta dulce. Al rato tienen dos cisnecitos. También está la lucha de un cazador con un tigre, que se refugia en lo alto de una palmera.

Los movimientos de los títeres son de una plasticidad absoluta, a tal punto que parecen tener movilidad propia. Los gráciles muñecos de madera bailan, giran sobre sí mismos, y nadan con soltura natural. Los personajes son manipulados mediante un complejo sistema de pértigas de bambú atadas con sogas, ocultas bajo las aguas. Los titiriteros están detrás del estanque que oficia de escenario, tapados por una cortina de bambú que les permite ver sin ser vistos.

Ya han transcurrido 10 siglos de este arte, pero recién a mediados de los '80 del siglo XX, después de la guerra, los vietnamitas pudieron disfrutarlo en paz y hacerlo conocer por el mundo. Sus muñecos han sido expuestos en el Museo del Louvre, y las giras internacionales se hacen cada vez más frecuentes. Su origen está ligado directamente al ambiente de la naturaleza: el agua, el campo y el arroz. Sus sencillos materiales de construcción son la madera, las cañas de bambú, unas resinas naturales para el color y algunas sogas. El resto –lo más difícil– son el mero talento e ingenio, dos componentes que, a lo largo de la historia, los campesinos vietnamitas han dado muestras acabadas de tener de sobra.